

Alberto Ghirardo

Evocaciones de España. Las "Memorias" de Galdós. Años de juventud

I



HACE algunos años, ya en las postrimerías de su existencia de productor formidable, una gran revista española — «La Esfera», de Madrid — pidió a Galdós, para engalanar sus páginas, la redacción de unas «Memorias». Quería «La Esfera» ofrecer a su público una colaboración extraordinaria y consideró acertadamente que nada mejor para ello que poner de relieve, por boca del mismo excepcional protagonista, una de las vidas literarias más fecundas y gloriosas de Europa.

II

Comienzan estas «Memorias» de Galdós con los recuerdos de su mocedad, datados allá por el año de 1863, en que los padres del futuro novelista le enviaron desde Canarias, su cuna, a la corte de Madrid, con el objetivo de estudiar Derecho. Omite en ellas lo referente a su infancia por carecer de interés, dice, o diferenciarse poco la suya de otras vidas de «chiquillos o bachilleres aplicaditos».

Puede afirmarse que fué entonces, cuando se inició formalmente la gran vocación literaria de quien, andando el tiempo, debía escribir ese monumento denominado los «Episodios Nacionales», y que aun hoy, en su afán inquisitorial y de sombra, quisieran destruir los hombres de las cavernas...

En aquella época, fecunda en graves sucesos políticos, precursores de la Revolución, tuvo Galdós la oportunidad de presenciar el espectáculo más trágico y siniestro que vió en su vida juvenil y que, probablemente, despertó en él la inclinación al tema dramático: el paso de los sargentos de artillería, llevados al patíbulo en coche, de dos en dos, por la calle de Alcalá arriba, para fusilarlos en las tapias de la antigua Plaza de Toros.

No sería, pues, aventurado afirmar que en el cerebro de aquel niño espectador de motines, sublevaciones y lances distintos de jornadas luctuosas, brotara en ese preciso instante el germen del futuro y genial cronista de la historia española del siglo XIX, plasmada más tarde en las cinco series magníficas de «Episodios», iniciados con «Trafalgar» y terminados con «Cánovas», porque la vida se le agotó al creador.

III

Un dato curioso que conocemos a través de estas «Memorias» es el consignado en el primero de sus capítulos, respecto a la forma literaria de la labor primigenia de Galdós. Empezó escribiendo para el teatro, «enjaretando dramas y comedias con vertiginosa rapidez» y haciéndolos lo mismo en verso que en prosa.

Galdós hizo versos, pues, y escribió para el teatro antes de hacerlo para el periódico o de ejercitarse en la novela.

Sabíamos de sus inclinaciones musicales y pictóricas, reveladas en la infancia, así como de su predisposición a la crítica de estas dos artes, por las correspondencias a un periódico de Las Palmas, encontradas entre sus papeles, actualmente en

nuestro poder, pero ignorábamos aquella otra iniciación que puede dar luz a los exegetas, cuando se determinen a estudiar el proceso de la juventud literaria de esta gran mentalidad.

Cuenta Galdós que en esa época asistió en el Teatro Español al estreno de «Venganza catalana», la obra de García Gutiérrez, quedando tan maravillado que al volver a su casa no se le ocurrió otra cosa que quemar sus manuscritos...; agregando: «pero no los quemé; lo que hice fué imaginar otras cosas conforme al patrón del grandioso drama que había visto representar a Matilde Diez y a Manuel Catalina...»

Y yo pregunto: ¿habrá en algún archivo originales de estos dramas en verso a que hace referencia Galdós?

IV

En el verano de 1867 fué Galdós a París, donde concurrió a la Exposición Universal, el acontecimiento culminante de aquel año. Y cuenta Galdós: «Devorado por febril curiosidad, en París pasaba el día entero calle arriba, calle abajo, en compañía de un plano, estudiando las vías de aquella inmensa urbe, admirando la muchedumbre de sus monumentos, confundido entre el gentío cosmopolita que por todas partes bullía. A la semana de este ajetreo ya conocía París como si éste fuera un Madrid diez veces mayor. Frecuentes paradas hacía en los puestos de libros, que allí son cajones exhibidos en los «quais» a lo largo del Sena. El primer libro que compré fué un tomito de las obras de Balzac — un franco, Librairie Nouvelle—. Con la lectura de aquel librito, «Eugenia Grandet», me desayuné del gran novelador francés, y en aquel viaje a París y en los sucesivos completé la colección de ochenta y tantos tomos, que aun conservo con religiosa veneración...»

De la Exposición nos habla poco Galdós. Le aturdiría más que interesarle. Y entonces, con dolor de cabeza, iba a reposar a los Salones del Louvre o a los del Luxemburgo, donde sus

ojos de artista se deslumbraban ante las maravillas del arte producidas por el hombre a través de los siglos.

Después, en su afán de calle, como él dice, colmando su mayor goce, presencié solemnidades públicas, revistas militares y otros actos en que le fué dado conocer a muchos de los figurones políticos de aquella época.

V

Pasados algunos meses, ya de regreso en Madrid, reanuda su trabajo literario, y sin descuidar sus estudios en la Universidad se lanza Galdós a escribir «La Fontana de Oro», su primer novela histórica, cuya redacción interrumpe para realizar otro viaje a Francia.

«De regreso de este segundo viaje—dice Galdós—, entramos en España por carretera, en marcha molesta y peligrosa, hasta parar en la ciudad de Figueras, donde tomamos el ferrocarril para ir a Gerona». Y agrega: «Vi y examiné esta población a mi gusto, visitando sus monumentos y recorriendo todas sus calles y plazas. ¡Qué lejos estaba yo de pensar que seis años después había de escribir el episodio *Gerona*! Tan fijas quedaron en mi mente las bellezas, accidentes y rincones de la invicta ciudad, que no necesité más para describirla».

Este párrafo es revelador del poder retentivo y evocador de la mentalidad del novelista, y nos pone de relieve un curioso proceso cerebral.

El autor recorre una ciudad, con la que tropieza en su camino de turista, sin otro propósito inmediato que el de conocerla, y a los seis años vuelve, con la imaginación, sobre sus pasos para fijar sus impresiones en páginas descriptivas, y lo hace con una precisión tan admirable que no le falla un solo dato, como si en realidad su mente fuera una máquina fotográfica donde hubieran quedado para siempre grabados los encantos de la heroica ciudad. Estos secretos sorprendentes de la me-

moria constituyen una de las condiciones más relevantes y características de los grandes escritores. Así en Galdós.

VI

Al llegar a Barcelona, de regreso de este segundo viaje a Francia que comentamos, se encontró Galdós «de manos a boca» con la Revolución de España que derribó el trono de Isabel II.

Es éste otro momento importante de la política española que le fué dado observar directamente a Galdós en su juventud, y que más tarde habíale de servir de tema para trabajos fundamentales de la literatura histórica cultivada por él con éxito tan notorio.

Al respecto dice Galdós: «Eran los últimos días de septiembre. La escuadra, con Topete y Prim, se había sublevado en Cádiz al grito de ¡abajo los Borbones! Serrano, Caballero de Rodas y otros caudillos militares, desterrados en Canarias, habían vuelto clandestinamente en el vapor «Buenaventura», mandado por el valiente capitán Lagier. Toda España estaba ya en ascuas. Barcelona, que siempre figuró en la vanguardia del liberalismo y de las ideas progresivas, simpatizaba con ardorosa efusión en el movimiento... Recuerdo haber visto al conde de Cheste, capitán general de la región, paseando por la Rambla al frente de los mozos de Escuadra. Su actitud imperiosa y un tantico teatral dejaba en el público impresión semejante a la de los espectadores de una tragedia, donde todo se expresa en versos fríos y retumbantes... Al día siguiente de haber visto en la Rambla al prepotente conde, llegó la noticia de la victoria de Alcolea; y ¡viva España con honra!... ¡Abajo los Borbones! ¡Adiós, generosa Isabel; hasta que volvamos a vernos en París, Palacio de Castilla, donde has de contarme interesantes casos de tu azaroso reinado!...»

A los pocos días de estos sucesos, le era dado a Galdós presenciar desde la Puerta del Sol la entrada de Serrano en Madrid.

VII

Y aquí es donde en realidad surge ya de una manera definitiva el autor glorioso de los «Episodios Nacionales», como puede verse leyendo el segundo de los capítulos de estas «Memorias», el titulado «Adelante, amigos», página llena de luz histórica en la que Galdós aparece en forma de testigo de hechos curiosos que han de servirle de material inapreciable para su labor literaria futura.

Como en un calidoscopio maravilloso vemos desfilar en él a todos los grandes personajes de una época excepcional de la vida política española. El escenario es ahora Madrid y el momento el mes de octubre de 1868, días después de la Revolución que tuvo por héroe popular a Prim.

Primero cruzan ante nuestra vista las figuras de los caudillos del movimiento, ya mencionados. En seguida oímos la voz de los tribunos, voceros de nobles causas, contagiando de entusiasmo liberal a los pueblos: cláusulas magníficas de Castelar, párrafos elocuentes de Figueras, apóstrofes candentes de Garrido y Angulo; hasta que, en medio de una decepción profunda, escuchamos las palabras desilusionadoras de Olózaga y de Martos, desvaneciendo los sueños de los que creían que, por fin, las futuras Cortes Constituyentes proclamarían la República, palabras presagiantes ya del estruendo de los trabucazos con que, fracasadas las esperanzas democráticas, había de inaugurarse el reinado fugaz de don Amadeo.

* * *

Por este mismo capítulo, hemos de enterarnos de la publicación de «La Fontana de Oro» y «El Audaz», los dos prime-

ros trabajos de aliento de nuestro gran escritor; así como de su fecundidad, que fué siempre extraordinaria. He aquí el primer dato confirmativo de este aserto: Al mismo tiempo que en «La Revista de España» se publicaba «El Audaz», se imprimía en Madrid «La Fontana de Oro», en la Imprenta de Nogueras.

Pero dejemos para otra ocasión los años de madurez del maestro, tan fecundos y tan esforzados como se verá.